

Transformatio in fide: el valor de una educación integral e integradora, según Juan Bautista de La Salle

ARTURO CAMPILLO SALCEDO*

Resumen— Cuando en 1679 Juan Bautista de La Salle inició su misión de abrir escuelas, éstas no eran ninguna novedad. Sin embargo, para la mayoría del pueblo la educación básica era impartida por gente que estaba desempleada o subempleada en otros oficios, sin ninguna preparación para la enseñanza. De La Salle se decidió a formar maestros, impulsado por su entendimiento de que la educación era un instrumento necesario, no sólo para la formación integral de maestros y alumnos, sino también para su integración beneficiosa a la sociedad.

I. INTRODUCCIÓN

Vosotros ejercéis un empleo que os pone en la obligación de mover los corazones... [Meditaciones para todos los Domingos del año (MD) 43,3,2]

¿Procedéis así con vuestros alumnos? Adoptad estas prácticas en lo sucesivo si en el pasado no habéis sido suficientemente fieles a ellas. [Meditaciones para los días de Retiro (MR) 194,2,2]

Cuando en 1679 Juan Bautista de La Salle inició su misión de abrir escuelas, éstas no eran ninguna novedad. Ya existían, y funcionaban en diversos niveles y modalidades:

- escuelas menores, en las que un solo maestro enseñaba a leer, escribir y la aritmética elemental, a cambio de que le pagaran el servicio de la enseñanza;
- escuelas parroquiales, establecidas y sostenidas por los sacerdotes, quienes acogían a los niños pobres de cada parroquia y financiaban el funcionamiento de las mismas;
- escuelas organizadas y dirigidas por órdenes religiosas o por asociaciones de personas piadosas, tanto para niños como para niñas;
- escuelas de caridad, promovidas por alguna asociación piadosa o laica.

También existían colegios de estudios medios, que eran exclusivamente de paga. La *Ratio Studiorum* de los jesuitas, con su modelo de organización de la instrucción, regulaba las enseñanzas impartidas en esos colegios, sirviendo además

como modelo a otras instituciones en diversos países de Europa. (Valladolid 2001: XL)

Sin embargo, para la mayoría del pueblo la educación básica era impartida por gente que estaba desempleada o subempleada en otros oficios, sin ninguna preparación para la enseñanza. A veces eran criados o cocheros que apenas si sabían leer o escribir y algo de números (De la Salle 2011: 36). El propio De La Salle recordaría, en el *Memorial sobre los Orígenes* [MSO], cuál era su sentimiento personal hacía aquellas personas antes de empezar su obra:

...valoraba en menos que a mi criado a aquellos a quienes me veía obligado a emplear en las escuelas... en el comienzo, la simple idea de tener que vivir con ellos me hubiera resultado insoportable. [MSO 4] (Valladolid 2001: 77)

De La Salle se decidió a formar maestros; por una parte, aplicando una rutina de revisión y valoración constante de la experiencia escolar; por otra, estimulándolos a reflexionar y establecer como principio pedagógico de su labor la transmisión de saberes fundamentales, en el marco de una educación cristiana, destacando los siguientes valores: la disciplina, el orden, la eficacia, el respeto.

Este compromiso tendría como consumación la formación de una comunidad de laicos comprometidos con la enseñanza; los *Hermanos de las Escuelas Cristianas*. En el núcleo de esta institución, está contenido el entendimiento que tenía De La Salle sobre el valor de educar tanto a maestros como a niños en las bases de la fe y la razón.

II. METODOLOGÍA PROPUESTA

Para comprender el pensamiento y el legado de De la Salle se recurrió al análisis hermenéutico, tal como lo explica Manuel Baeza:

La hermenéutica también nos sugiere y sin duda, antes que toda otra consideración, un posicionamiento distinto con respecto a la realidad: aquel de las significaciones latentes.

*Carrera Ciencias Religiosas de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales; realizó el proyecto dentro del curso de antropología teológica (Email: campilloarturo@yahoo.com).

El proyecto fue asesorado por la Dra. Alma Rosa Hernández Mondragón

Se trata de adoptar una actitud distinta, de empatía profunda con el texto, con lo que allí se ha expresado a través del lenguaje. No se trata de suprimir o de intentar inhibir su propia subjetividad (con sus implícitos prejuicios), sino de asumirla. En otras palabras, la búsqueda de sentido en los documentos sometidos a análisis se ve afectada por un doble coeficiente de incertidumbre: la interpretación es relativa al investigador, así como al autor de los textos en cuestión. (Baeza 2002: 45)

III. EXPOSICIÓN

Se impone en esta parte realizar un breve repaso de su biografía, centrado en los primeros años de su vida, su formación, su compromiso como educador de educadores, y la formación de la comunidad que fue su legado.

NACIMIENTO Y PRIMEROS AÑOS

Juan Bautista de La Salle nació en Reims, el 30 de abril de 1651. Era el primogénito del matrimonio formado por Luis de La Salle, magistrado de la audiencia de Reims, y Nicolle Moët, dama de una de las familias aristocráticas de la ciudad. En 1662, a los 11 años, sintió el llamado al sacerdocio y recibió la tonsura. Un tío suyo canónigo de la catedral de Reims, al llegar a edad avanzada le dejó su plaza, meses después de que el joven cumpliera 16 años. Como era estudiante, estaba dispensado de asistir a muchos de los rezos y reuniones del Cabildo.

En 1669, con 18 años, comenzó los estudios de teología, en Reims. Pero en 1670 pasó a París, para continuarlos en la Sorbona, mientras residía en el Seminario de Saint Sulpice, que en esa época se encontraba en uno de los barrios más pobres de París, y contaba con una escuela parroquial para niños pobres.

Varios años después, en sus *Meditaciones para el Retiro* [MR], recordaría las nefastas causas que provocaban la desatención de los niños nacidos en las clases más pobres de la sociedad:

Considerad que es proceder harto común entre los artesanos y los pobres dejar a sus hijos que vivan a su antojo, como vagabundos, errantes de un lado para otro, mientras no pueden dedicarlos a alguna profesión; y no tienen ninguna preocupación por enviarlos a la escuela, ya a causa de su pobreza, que no les permite pagar a los maestros, ya porque, viéndose en la precisión de buscar trabajo fuera de sus casas, se encuentran como en la necesidad de abandonarlos. [MR 194,1,1] (Valladolid 2001: 581)

En 1673, tras un breve paréntesis por la muerte de sus padres, reanudó sus estudios en Teología. En 1675 obtuvo el grado de Bachiller en Teología; en 1678 alcanzó la licenciatura y fue ordenado sacerdote en Reims. En 1680, obtuvo el doctorado.

El 27 de abril de ese año falleció su director espiritual, Nicolás Roland, no sin antes dejarle como encargo atender, junto con otro sacerdote, a la comunidad de Hermanas del Niño Jesús, que atendían una escuela para la educación de las niñas de Reims. Aunque en el período de su gestión ayudó a las Hermanas a obtener su reconocimiento oficial, poco a poco fue desligándose de ellas.

En 1679, durante una de sus visitas a la Casa de las Hermanas para celebrar la misa, coincidió en la puerta con un maestro llegado de Ruán llamado Adrián Nyel. Experimentado maestro, Nyel traía para De La Salle una carta de una señora rica de Reims, que tenía deseos de financiar otra escuela para los niños pobres de su barrio.

De La Salle consultó a varias personas prudentes, y guiado por sus consejos escogió la parroquia de Reims en la que sería más fácil establecer la escuela. De la Salle recordaría su propia actitud en esa época:

Yo pensaba que la dirección de las escuelas y de los maestros que iba tomando, sería tan sólo una dirección exterior, que no me comprometería con ellos más que a atender a su sustento y a cuidar de que desempeñasen su empleo con piedad y aplicación. [MSO 1] (Valladolid 2001: 77)

Finalmente la escuela abrió sus puertas en la parroquia de San Mauricio el 15 de abril de 1679. Fue tal su éxito, que en un lapso de seis meses fueron abiertas cinco escuelas más.

Sin embargo, De La Salle pronto advirtió que los maestros reclutados por Nyel no tenían formación para enseñar, y que debido a esto las escuelas presentaban importantes deficiencias. Eran personas que daban clase porque no habían tenido oportunidad para practicar su verdadero oficio. A pesar de hacérselo notar, Nyel no dio demasiada importancia a la situación; además, se ausentaba constantemente para atender solicitudes para organizar escuelas en otros lugares.

INICIO DE LA MISIÓN

De La Salle no tuvo más remedio que ocuparse él mismo de ellos. Desde 1679, “por pura caridad” alojó a los maestros en una casa cercana a la suya. Eran gente “burda, ruidosa y vulgar”:

Trataba de ayudarles con consejos, les proponía un reglamento, incluso pasaba con ellos algunos momentos cada día para conversar acerca de su desempeño. (De la Salle 2011: 36)

Para De la Salle la labor de enseñar, que en su época estaba en el último lugar entre las ocupaciones modestas, era en realidad un ministerio; el llamado que entonces hacía a los maestros, lo plasmaría años después en sus *Meditaciones*:

Dios no sólo quiere que todos los hombres lleguen al conocimiento de la verdad, sino que quiere que todos se salven; (1 Tim. 2,4) pero no puede quererlo verdaderamente si no les da los

medios para ello y, en consecuencia, si no proporciona a los niños maestros que contribuyan a la realización de tal designio para con ellos. [MR 193,3,1] (Valladolid 2001: 77)

Poco a poco, el trato con ellos le hizo comprender que la labor de acompañamiento y consejería no era suficiente para la misión que se iba perfilando paulatinamente en su propia conciencia. Por tanto, el 24 de junio de 1680 dispuso que los cinco maestros acudieran a su propia casa para las comidas diarias, lo que fue generando fricciones con sus familiares.

Por estas fechas llegó una nueva petición para abrir otra escuela, añadiendo al grupo otros dos maestros.

Organizaron el horario y el calendario de sus escuelas; establecieron los niveles de cada materia y dentro de ella los grupos de alumnos y las órdenes o niveles para realizar el aprendizaje.

Determinaron las normas de la disciplina escolar; promovieron la enseñanza simultánea, en contra de la práctica general de la época, que era la enseñanza individual; precisaron las diversas formas en que el alumno debe colaborar en su formación y las responsabilidades que ha de tener en el funcionamiento de la clase, etc. (Valladolid 2001: LX)

Además de la labor magisterial, también tenía una idea clara sobre las características personales que debían tener los maestros:

De La Salle opinó que sus maestros serían laicos cristianos; ni asalariados ni catequistas exclusivamente, sino comprometidos con un ministerio donde cultura y fe irían de la mano; en que la eficiencia profesional permitiera el anuncio de la Palabra, algo totalmente nuevo en la Iglesia y la sociedad (De La Salle 2011: 30).

Un año después, el 24 de junio de 1681, De La Salle tomó una decisión mucho más comprometida; la de alojar a los siete maestros en su propia vivienda. Su finalidad era la de disponer de más tiempo para atenderlos y formarlos.

Varios entre ellos no se veían llamados a vivir de forma tan reglamentada, y hacia enero o febrero de 1682 se fueron retirando del grupo. A otros, que eran piadosos, pero no tenían cualidades para enseñar, el mismo Juan Bautista les aconsejó que lo dejaran. (Valladolid 2001: XII)

A mediados de 1682, la familia de La Salle decidió que debían vender la propiedad patrimonial de sus difuntos padres, incluida la casa paterna; el 24 de junio, y tras mucho meditarlo, De La Salle se trasladó con los maestros a otra casa de alquiler suficientemente amplia.

QUE LA OBRA SEA DE DIOS

A raíz de ese acontecimiento, De La Salle y los maestros reflexionaron sobre la forma en que experimentaban su propia *transformatio in fide*; su propia transformación en la fe. Tomaron dos decisiones que fueron fundamentales: adoptar la práctica de ejercicios espirituales y empezar a considerarse Hermanos en comunidad. Consecuentemente, se propusieron renunciar a tener bienes personales, y todas sus propiedades (incluso sus honorarios) las compartían, viviendo en comunidad.

Sin embargo, en ese nuevo ambiente de compromiso los maestros comenzaron a manifestar también inquietudes acerca de su futuro: ¿qué sería de ellos si su misión magisterial llegaba a detenerse, o incluso a fracasar, en medio de tantas dificultades?

De La Salle trató de alentarlos invitándoles a que tuvieran fe en el presente, instruyéndoles con el pasaje evangélico que ilustra cómo Dios da de comer a los pájaros del cielo, y viste los lirios del campo (Mateo 6,26-34):

Mirad los pájaros del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre del cielo los alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellos?...

Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Aprended de los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan, ni hilan; pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos... ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso.

Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura. Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. A cada día le basta su propio afán.

Sin embargo los maestros le rebatieron, argumentando que no era fácil para ellos asumir esa confianza en Dios si observaban que el mismo De la Salle seguía disponiendo de sus bienes personales, sus honorarios como canónigo (actividad en la que debía de invertir mucho tiempo) y su herencia paterna.

Se trataba de una crisis de credibilidad hacia la misión, en el propio seno de la comunidad. De la Salle mismo llegó a cuestionarse de la siguiente manera:

Si permanezco yo tal como estoy, y ellos tal como están, su tentación continuará, porque seguirá subsistiendo el motivo que la ocasiona; y yo no podré poner remedio, pues ellos siempre verán en mis rentas un pretexto especioso, e incluso razonable, para mantener su desconfianza por el presente y su inquietud por el futuro (...) [MSO 8,3] (Valladolid 2001: 77)

También se preguntaba sobre la cantidad de tiempo que dedicaba cada día a la misión que había iniciado: “¿puedo yo ser en verdad, a la vez, buen canónigo y buen superior de una comunidad que exige residencia?” [MSO 14,3] (Valladolid 2001: 78)

En ese momento, como en todos en los que le resultaba difícil saber la respuesta sobre una situación concreta, De La Salle fue al encuentro de la voluntad de Dios mediante la penitencia y la oración; además, consultó con personas prudentes y de reconocida virtud, como el Padre Nicolás Barré, fraile mínimo que había promovido escuelas para niños y niñas.

Llegó al convencimiento de que las obras de Dios, para evitar todo tipo de interferencia y recelo, debían fundamentarse en una confianza total en la Providencia, entendido como un abandono pleno a la voluntad de Dios; se trataba entonces de asumir su propia *transformatio in fide*.

Después de que se autorizó su petición, presentó su renuncia a la canonjía en 1683. En cuanto a sus bienes, durante la penuria que se vivió en el invierno de 1683-1684, empleó buena parte de sus bienes en comida y limosnas para los pobres.

LA FUNDACIÓN DE LA CONGREGACIÓN DE LOS HERMANOS DE LAS ESCUELA CRISTIANAS

En el mes de septiembre de 1684, aprovechando la temporada de vacaciones, De la Salle y los maestros volvieron a reunirse para reflexionar sobre su futuro. Decidieron completar el nombre de Hermanos, denominándose *Hermanos de las Escuelas Cristianas*; adoptaron un hábito peculiar, distinto del eclesiástico; y regularon sus prácticas alimenticias.

En su *Memorial sobre el Hábito* [MH], De La Salle definiría a esta nascente comunidad de la siguiente manera:

Esta Comunidad se denomina de ordinario la Comunidad de las Escuelas Cristianas; y en la actualidad no se halla establecida ni fundada más que en la Providencia. Se vive en ella según reglas, en dependencia para todo, sin nada en propiedad y en completa uniformidad.

En esta Comunidad se dedican a regentar escuelas gratuitamente, sólo en las ciudades, y a explicar el catecismo todos los días, incluso los domingos y [días de] fiestas. [MH 0,0,2 y 0,0,3] (Valladolid 2001: 85)

Hacia finales de este año, viajó a la ciudad de Rethel para tratar con el duque de Mazarino la apertura de una escuela para formar maestros que atendieran las pequeñas localidades rurales. Las negociaciones duraron varios meses y sólo cristalizarían a finales de 1685. De La Salle alquiló en Reims una casita cercana a la de los maestros, con el fin de alojar en ella a los alumnos del Seminario de Maestros. Hacia enero de 1686 ya se contaba con los tres primeros jóvenes seminaristas.

Con el paso del tiempo, los franceses empezaron a observar como la forma de llevar las escuelas iba mejorando de modo evidente. Los Hermanos ponían por escrito las observaciones prácticas para dar la enseñanza de las diversas materias, y se

preparaban con sumo cuidado antes de hacerse cargo de una clase. De La Salle ponía especial empeño en que los Hermanos viviesen un espíritu que les hiciera entender su trabajo como un ministerio: constantemente les encomendaba de la siguiente manera:

Vosotros, a quienes Dios ha llamado a este ministerio, *emplead, según la gracia que os ha sido conferida, el don de instruir, enseñando, y el de exhortar, animando*, a aquellos que han sido confiados a vuestros cuidados, *guiándolos con atención y vigilancia*, (Rom. 12,6-8) con el fin de cumplir con ellos el deber principal de los padres y de las madres para con sus hijos. [MR 193,2,2] (Valladolid 2001: 77)

De La Salle convocó en el mes de mayo de 1686 a los principales Hermanos (probablemente, los directores de las siete escuelas existentes) a una asamblea. Al terminar la misma decidieron hacer voto de obediencia por tres años, renovable cada año.

LEGADO LASALLISTA

De la Salle partía de lo que observaba de su entorno, para hacer notar las consecuencias del estado de abandono en que se encontraban la mayoría de los niños de las clases pobres:

... esos pobres niños, acostumbrados durante años a llevar vida de holganza, tienen luego mucha dificultad para habituarse al trabajo. Además, como frecuentan las malas compañías, aprenden a cometer muchos pecados, que les resulta muy difícil abandonar en lo sucesivo, a causa de los malos y prolongados hábitos contraídos durante tan largo tiempo. [MR 194,1,1] (Valladolid 2001: 581)

El pecado es la transgresión voluntaria, el alejamiento del hombre de la voluntad de Dios. El estado de ignorancia en el que parecía se veían condenados estos niños no solamente los volvía una carga social al hacerse improductivos, sino que había una pérdida de su persona, al vivir constantemente alejados de lo que quiere Dios para el hombre. Tal como se describe en la *Regla de los Hermanos de Escuelas Cristianas*:

Impresionado por la situación de abandono de los «hijos de los artesanos y de los pobres», Juan Bautista de La Salle descubrió, a la luz de la fe, la misión de su Instituto como respuesta concreta a su contemplación del designio salvador de Dios. [R 11,]

Para De La Salle, la educación es transformadora del niño; es la posibilidad de su salvación y de su integración a la sociedad, por lo que es importante darle “los medios para ello”, y el medio principal para lograr este fin era preparar “maestros que contribuyan a la realización de tal designio para con ellos.” [MR 193,3,1] (Valladolid 2001: 77).

De esta manera el oficio de la educación, considerado en su época como uno de los más despreciados, se vuelve bajo este entendimiento en un propósito inaplazable:

Es, pues, necesario que vuestro primer cuidado y el primer efecto de vuestra vigilancia en el empleo sea estar siempre atentos a ellos, para impedir que realicen alguna acción no ya mala, sino inconveniente, por poco que sea, logrando que se abstengan de todo lo que presente la mínima apariencia de pecado. [MR 194,2,2] (Valladolid 2001: 581)

Esta visión no sólo procura la formación *integral* del individuo, sino que también lo prepara para *integrarlo* a la sociedad:

... se recoge a los niños durante el día, y aprenden a leer, a escribir y la religión; y al estar, de ese modo, siempre ocupados, se encontrarán en disposición de dedicarse al trabajo cuando sus padres decidan emplearlos. [MR 194,1,2] (Valladolid 2001: 581)

Pero para formar estos hombres de bien no sólo basta con la instrucción racional de las primeras letras y números; también es necesaria la impresión de una actitud hacia la vida, la cual sólo se puede enseñar mediante el ejemplo:

Si queréis que sean provechosas las instrucciones que dais a los que tenéis que instruir, para llevarlos a la práctica del bien, es preciso que las practiquéis vosotros mismos, y que estéis bien inflamados de celo, para que puedan recibir la comunicación de las gracias que hay en vosotros para obrar el bien; y que vuestro celo atraiga a vosotros el Espíritu de Dios para animarlos a ello. [MR 194,3,2] (Valladolid 2001: 581-582)

El celo que exige De la Salle a los maestros, no es el que la mayoría concibe actualmente como sinónimo de duda o envidia, sino aquél que significa virtud de entusiasmo y dedicación:

Vosotros, que os habéis entregado a Dios y que, en consecuencia, debéis consagrarle todo el tiempo de vuestra vida, tenéis también que hacerlo todo por espíritu de religión, sin quedar satisfechos con cumplir sólo lo que es externo en los deberes de vuestro estado. Pues si los hombres se contentan con lo que hay de aparente en las acciones, Dios, que sondea los corazones, para nada se las tendrá en cuenta. [MD 58,1,2] (Valladolid 2001: 370)

De aquí que De la Salle llame la atención sobre la grandísima urgencia de preparar a aquellos que no solamente velarán para que los pequeños se alejen de hacer el mal, sino

que deberán encauzarlos para hacer el bien:

No basta que los niños permanezcan recogidos en la escuela durante la mayor parte del día y que en ella estén ocupados; es necesario además que quienes les han sido dados para instruirlos se apliquen particularmente a educarlos en el espíritu del cristianismo, que les da *la sabiduría de Dios, que ningún príncipe de este mundo ha conocido* (1 Cor. 2,7-8)... [MR 194,2,1] (Valladolid 2001: 581)

De un oficio que en su tiempo era poco o nada apreciado, De La Salle invita a los maestros a reconsiderarse como distribuidores de dones sólo comparables a los que trabajaban los propios apóstoles:

Agradeced a Dios que haya tenido la bondad de servirse de vosotros para procurar a los niños tan grandes beneficios, y sed fieles y exactos a desempeñarlo sin recibir remuneración alguna, para que podáis decir con San Pablo: *el motivo de mi consuelo es anunciar el Evangelio gratuitamente, sin que les cueste nada a los que me escuchan*. (1 Cor. 9,18) [MR 194,1,2]

La actividad de los maestros requería de constante supervisión, ya fuera propia o con ayuda de alguien con igual sentido de compromiso:

Por consiguiente, ¿ponéis vuestro principal cuidado en instruir a vuestros discípulos en las máximas del Santo Evangelio y en las prácticas de las virtudes cristianas? ¿No tomáis nada tan a pecho como lograr que se aficionen a ellas? [MR 194,3,2] (Valladolid 2001: 581-582)

De la Salle organizó, en medio de muchas adversidades, centros de formación de maestros, escuelas de aprendizaje para reformar a delincuentes, escuelas secundarias, técnicas, y de artes y ciencias. Fallecería el 7 de abril de 1719, a los 67 años en la finca de Saint-Yon, distrito de Ruan, lugar en donde había transferido el centro directivo de la congregación.

El 15 de mayo 1950 fue declarado patrono especial de todos los educadores de la infancia y de la juventud y Patrono universal de los educadores por el papa Pío XII. En sus *Meditaciones* dejó plasmada una invitación permanente para reflexionar sobre las consecuencias profundas que deja el maestro sobre aquellos que tiene a su cuidado:

¿Consideráis el bien que intentáis hacerles como el cimiento de todo el bien que ellos practicarán posteriormente en su vida? Los hábitos virtuosos que se han cultivado en sí mismo durante la juventud, al hallar menos obstáculos en la naturaleza corrompida, echan raíces más profundas en los corazones de quienes se han formado en ellos. [MR 194,3,2] (Valladolid 2001: 581-582)

CONCLUSIONES

La valoración de la educación desde la perspectiva lasallista, ha dado como fruto un estilo pedagógico que invita a reconocer la relación fraterna que surge, y hace crecer tanto al educador como al educando, con el propósito de fortalecer la existencia humana en el amor y en la comunidad.

El Hermano Agathón, quinto sucesor de Juan Bautista de La Salle como Superior General de la Congregación (1777-1798), enumeraría doce virtudes que deberían revelarse como resultado de esta relación entrañable: la gravedad, el silencio, la humildad, la prudencia, la sabiduría, la paciencia, la mesura, la mansedumbre, el celo, la vigilancia, la piedad y la generosidad.

Como conclusión personal, agregaría que mantener la congruencia entre la concepción y la praxis de estos principios en la vocación y enorme tarea de educar, es parte esencial de esta *transformatio en fide*.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la Dra. Alma Rosa Hernández Mondragón por haber leído el presente texto, y las correspondientes observaciones hechas al mismo.

REFERENCIAS

- [1] AA VV. (2009). Biblia de Jerusalén. Desclée de Brouwer. Bilbao, España.
- [2] Valladolid, José María (2001). Obras completas de San Juan Bautista de La Salle. Ediciones San Pío X. Madrid, España.
- [3] De la Salle ediciones (2011). El educador de Reims en el cincuentenario de la Universidad La Salle Ciudad de México. De La Salle ediciones. México, D. F.
- [4] Baeza, Manuel (2002). De las metodologías cualitativas en investigación científico social. Diseño y uso de instrumentos en la producción de sentido. Editorial de la Universidad de Concepción. Concepción, Chile.
- [5] Agatón, Hermano. Superior General, F.S.C. Las doce virtudes del buen maestro según san Juan Bautista De La Salle [en línea]. Disponible en World Wide Web: http://www.lasalle.mx/estrategias/biblioteca/educacion_lasallista/12Virtudes/12virtudes.htm